

La necesidad de un abrazo.

Aunque nos creamos inmunes al dolor; aunque tengamos caretas de dureza espiritual; que alardeemos que somos de otro mundo; que ostentemos experiencias fuertes de vida; que nuestra existencia haya tenido mucho de agraz y nos haga ser indolentes con el padecimiento ajeno, cuando nos encontramos en soledad requerimos una mirada de cariño, una palabra de bondad, una carga, un apretón de manos o los brazos de alguien en quien aflojar la carga acumulada.

La necesidad de un abrazo es más fuerte que una palabra y hemos tomado conciencia de ello por las noticias que nos llegan del extranjero, donde miles de personas mueren en el más absoluto desamparo de afectos y son consumidos por una especie de pixeles de un programa computacional que, de pronto, nos vuelve invisibles e intocables. En un momento se está aquí y en unos días la realidad es totalmente distinta. No alcanzar a despedirse de un ser querido, de verle el rostro por última vez, sabiendo que sus cuerpos han acumulado el dolor terrible de la enfermedad hoy es comentado por las redes sociales y nos impactamos por el número de decesos, por el sufrimiento experimentado y por la aflicción de quienes quedan llorando tras la ventana.

Hoy tenemos a muchos hermanos y amigos en situación de aflicción. Las cifras van en aumento y el pick o la curva no comienza a aplanar. Santiago en cuarentena por fin, luego de tantos ruegos. Chile no es solo la capital o Las Condes, como nos quieren hacer creer. Son muchos más los que dependemos unos de otro y los de provincia también y hoy nos obligan a distanciarnos un poco más. Nadie está ajeno a ello pues este virus no tiene contemplación y al fin están apareciendo caras conocidas por todos que, a pesar de todas las advertencias, tampoco las cumplieron a cabalidad.

La visibilización de los efectos de la pandemia, el temor de contraerla, la guadaña de la carpa zumbando sobre nuestras cabezas la estamos experimentando porque, por fin, se están dando las informaciones reales y donde los errores cometidos deben ser reconocidos para poder enfrentar el siguiente capítulo con mayor empatía. La tozudez y arrebatos de hace unos días no se puede volver a repetir. La visión unipersonal y unidireccional de la situación siempre adolece de error. Muchas voces fueron omitidas, descalificadas y hasta injuriadas atribuyéndoles mala fue. Es tan fácil ir adecuando discursos, pero tan difícil borrar lo ya dicho que resulta inquietante que aún haya contumaces que no pueden darse cuenta que lo que importa no es repetir todos los días lo mismo y a la misma hora. No es momento de castigar con palabras rudas, es necesario el abrazo consolador.